**José Manuel Lara** Nació en 1982 en Madrid. Trabaja como encargado de mantenimiento. Con 16 años ganó su primer premio a Mejor Relato de Autor Local con *El sueño de un accidente.* Recientemente ha publicado *El Refugio*, historia que se incluyó en la antología de terror *Dejen morir antes de entrar* (publicada en Amazon y distribuida por *lawebdelterror*)*.* Ventanas ahumadas ha sido su segunda novela y la primera en ver la luz. Actualmente vive en Las Rozas junto a su novia y su hija.

Biblioteca

José Manuel Lara Briones

Ventanas ahumadas

Revisado y corregido por

**José Manuel Lara**

***Porque siempre has creído en mí. Por eso y por más te quiero tanto.***

**AGRADECIMIENTOS**

Muchas personas merecen ser mencionadas en este apartado. Por desgracia no hay folios suficientes para poder nombrarlas a todas; así que me detendré simplemente en las personas que me han ayudado a, primero entender, y luego poder escribir esta novela.

Mi gran amigo Luís Peña. Fue hablando con él cuando surgió la idea de escribir lo que en principio iba a ser un relato conjunto. Por desgracia la vida nos llevó por caminos distintos y aquel sueño no se vio cumplido (quizá en otra ocasión). Gran merito de éste libro es suyo.

Agradecer (como ya he dicho en alguna ocasión) a las personas que me han ayudado en esto de la escritura. A Jordi y Manolo por sus siempre bien recibidos consejos y sus incesantes, pero por otro lado reconfortantes preguntas de: «¿Cuándo vas a terminar?» ¿Te queda mucho?». Por fin puedo deciros: ¡ya he terminado! Agradecer también a Ginés, Ricardo, Rebeca y Raúl (aunque éste último viva en EEUU y piense que ya no le quiero) por su gran interés en las lecturas de mis relatos. ¡Seguid creyendo en mí! Por último agradecer a Miguel Gómez, que aunque no lea mis relatos por no pasar miedo, sé que en realidad lo está deseando.

Agradecer por supuesto a mis padres y hermano. Mi corazón se hace grande cada vez que pienso en ellos.

Y como siempre por último, y no por ello menos importante (sino todo lo contrario), agradecer a la persona a la que va dedicado este libro. A la persona con la que comparto mi vida. Aunque pasemos momentos malos, sé que a tu lado todo es bueno. Te quiero *Kichi*.

Huelga decir que cualquier lugar, personaje, o acontecimiento es completamente ficticio; fruto de una mente imaginativa como la mía.

\*\*\*\*\*

La luz es tenue; algo malvada. Dibuja sombras sobre las paredes que tenéis a vuestro alrededor. No temáis; pues aunque parezcan seres de ultratumba, sólo son sombras. Además yo estoy con vosotros, así que no os preocupéis. Ha llegado el momento de contar historias, y yo conozco una. No habla de héroes, aunque los haya, ni de villanos, aunque también los haya.

De lo que sí que habla es miedo; de pasados tormentosos y crueles, y las sombras parecen saberlo. Acercaros un poco más, pues es mejor no hablar demasiado alto. Además, alejados de ellas estaréis más seguros.

El mundo que nos rodea ha desaparecido. Es hora de adentrarnos en otro mucho más aterrador.

¿Vamos?

**J.M.L**

*La noche de difuntos me despertó a no sé qué hora el doble de las campanas. Su tañido monótono y eterno me trajo a las mentes aquel relato de* Bécquer *titulado* El Monte de las Ánimas.

*Una tontería, pensé aún tumbado en la cama con la sábana apoyada sobre mi torso desnudo.* El Monte De Las Ánimas *era una simple leyenda inventada por un gran escritor. Esto es la vida real, no hay fantasmas caminando por las calles.*

*Ni siquiera me di cuenta de porqué pensé aquello.*

*Aun así, me costó volver a conciliar el sueño. Cualquier ruido en el exterior de nuestra casa parecía provenir de ultratumba. Incluso los gatos que paseaban por las calles de piedra maullaban de forma tétrica; como con tristeza. A fin de cuentas, era una noche triste.*

*Al final volví a caer dormido.*

*A la mañana siguiente, cuando desperté, mi madre había muerto.*

***José Manuel Lara***

***(Sombras de difuntos)***

**Nícolas Archer**

**2007, Noviembre.**

**Nícolas Archer tropieza con su destino.**

**1**

En aquella ocasión, el escenario volvía a ser el mismo, solo que no lo recordaba. Un callejón sin salida ubicado en los barrios comerciales de la ciudad. Allí, el olor a podrido podía mezclarse con toda facilidad con el del humo de los motores y la contaminación de las fábricas cercanas. Al otro lado de la verja que cortaba la calle, algunos gatos callejeros maullaban ansiosos por conseguir algo de comida. Sus ojos brillaban en la oscuridad de la fría noche, ajenos al bullicio de la gran ciudad. Los tres últimos días había llovido a cantaros, y las tétricas calles estaban plagadas de charcos y barro que la gente traía consigo en las suelas de sus zapatillas, zapatos y botas. Fuera del callejón que se estrechaba en forma de L, la calle principal era un hervidero de gente caminado de un lugar a otro. Todos abrigados, acompañados por sus parejas, solos, o familias enteras con hijos. Éstos últimos, y las mujeres que caminaban solas eran los más propensos a ser atracados por algún maleante (que por desgracia no es que escasearan por aquellos parajes). Pero allí, arropados con tanta gente, parecían (o creían) seguros. En las fachadas brillaban con entusiasmo las luces y focos de cines, tiendas, sex shops, e incluso algún que otro teatro. Por encima de éstas, estaban las ventanas de los hogares de muchas de las personas que en este momento caminaban impasibles por la calle. Muchas estaban apagadas. Era el sábado justo después de Halloween, y la gente prefería salir a pasear y aprovechar la noche. No muy lejos de allí, un foco al más puro estilo *Batman,* pero sin la señal del murciélago, emergía de la azotea de alguna discoteca. Incluso podía escucharse ligeramente la música.

Él estaba allí, en aquella calle. Caminaba despacio, con las manos en los bolsillos y tarareando el estribillo de una canción que había escuchado salir de una tienda de cámaras de fotos un par de calles más abajo. A veces se preguntaba cómo era posible que una canción pudiera pegarse con tanta facilidad en el cerebro. Lo peor de todo venía luego a la hora de escupirla. A su izquierda, en la calle de enfrente, un hombre con un megáfono llamaba la atención de la gente que caminaba por aquel lado.

—¡DIOS ESTÁ FURIOSO CON VOSOTROS! —decía el hombre. Iba vestido con una gran gabardina negra donde parecía que sus piernas peludas quedaban al descubierto—. ¡PRONTO OS ARREPENTIRÉIS DE VUESTROS PECADOS SI QUERÉIS SUBIR AL CIELO!

La gente le miraba y continuaba con su trayecto. Algunos padres agarraban a sus hijos fuertemente de la mano y les apartaban de lo que parecía ser un loco de gran calibre. Sin embargo Nick no le prestó la mínima atención. Estaba demasiado absorto con el tarareo de aquella canción de la que ni sabía título ni nombre de grupo. Pero para el caso daba igual. La cuestión es que estaba feliz. O bueno, por lo menos lo estaría hasta que empezara a echar de menos el dinero. Hasta aquella misma tarde había trabajado de guardia de seguridad en un importante centro comercial del centro. El trabajo hubiera sido fácil de no ser porque la mierda de sitio estaba en aquella mierda de ciudad. Allí —y más sobre todo tirando hacia el centro—, la presencia de gamberros y rateros tratando de llevarse aunque sólo fuera una mísera bufanda predominaba como las moscas en una gran mierda de vaca. Nick creía tener controlada la situación. Era bueno. Muy bueno, a decir verdad. Echaba a los gamberros, les quitaba los botines a los rateros, y mantenía el orden casi como *Walker* en el condado de Tejas.

Nick era bueno.

—Soy muy bueno —se repitió a si mismo.

¿Pero entonces que le había llevado a tomar aquella decisión de abandonar?

Tres simples palabras: Hasta la polla.

Así de crudo y así de blasfemo. Nick había acabado hasta las narices de tener que lidiar con lo peor de lo peor de aquella basura de ciudad. Allí sólo había contaminación, violadores, y drogadictos pinchándose en las mismísimas escaleras de los portales. Como bien decía: «Esta ciudad es el basurero del mundo. Aquí vienen todos los desperdicios».

Pero él no era uno de ellos, no señor. Vale que se hubiera criado toda su vida en aquella ciudad. Vale que sus padres murieran cuando él tenía siete años y tuviera que cuidar de él la mierda de su tía que sólo sabía beber ron y pincharse delante de suyo. Vale que a partir de los trece dejara los estudios y tuviera que buscarse la vida en la calle. Vale que hubiera robado, fumado marihuana, y portado un par de veces arma. Vale que se hubiera juntado con lo peor de aquella ciudad. Vale.

Eso había sido de joven.

Ahora tenía treinta y tres años y era una persona medianamente responsable (o creía serlo). Había dejado el alcohol, y los atracos habían dejado de ser su rutina diaria cuando encontró su primer puesto de seguridad en una tienda de *apertura perenne* como él decía. Que ironía: el atracador deteniendo ladrones.

Además, por lo menos no había violado a ninguna chica, aunque sí que lo había visto. Un amigo suyo, con quince años, cogió a una chiquilla de la misma edad y la violó en un parque. Él y sus otros compañeros lo vieron y no hicieron nada. ¿Por qué? Porque antes eran escoria.

Pero antes.

Recordaba que dos de ellos se habían masturbado mientras observaban aquella mierda. Nick debía reconocer que se sintió excitado al ver a aquella tía desnuda, pero dejó su masturbación para cuando llegó a casa. Para eso incluso era vergonzoso.

—Vaya mierda —susurró. Y, por primera vez, la canción desapareció de su mente.

Quizá gracias a aquello lo escuchó; gracias a que su mente se despojó sin querer de aquel mísero estribillo que le atormentaba. Quizá Dios le mando una señal. Quién sabe.

Llegó del callejón en forma de L que quedaba justo a su derecha, entre un portal ruinoso y una micro tienda dirigida por dos japoneses que emanaba una cegadora luz blanca. Antes sólo entraba en esas tiendas para comprar alcohol. Eran un buen remedio para solterones sin demasiadas metas en la vida. Ahora que lo había dejado, ni eso.

Fue una especie de gemido disipado por algún obstáculo. Y fue un gemido femenino, de eso no cabía ninguna duda. Parecía haber otra voz junto a ella. Nick se detuvo junto a la entrada y trató de agudizar el oído, intentando acallar de alguna forma el bullicio de la gran ciudad que entraba sin piedad por el otro lado de su cabeza. El hombre del megáfono se oía distante.

—¡Arrodillaos y rezar al señor! ¡Solo así podréis salvaros…!

—Cállate zorra…

Eso último vino del callejón. Nick lo escuchó con toda la claridad del mundo, como si alguien lo estuviera diciendo a su lado. Se volvió y observó como la gente cruzaba sin percatarse absolutamente de nada. Es más, apenas alguien le miraba. Le parecía imposible que nadie más lo hubiera escuchado. Era como si ni siquiera estuviera allí.

Seguramente la gente de aquí esté hasta los cojones de todo, pensó. ¿Otro atraco más? Bueno, no era el primero. Ni sería el último. Ante tanta mierda como tenía aquella ciudad la gente prefería primero preocuparse de su culo. Quizás muchos de ellos ni se inmutaran aunque estuvieran atracando a su novia. En aquella ciudad había muchas novias. Y si no, pensaba Nick, estaban las putas.

Pero por alguna razón Nick se había detenido ante aquello. Quizá sus años de ser guardia de seguridad le habían enseñado que las cosas eran distintas a como las presentaba aquella ciudad. Puede que el hecho de llevar años y años tratando de hacer lo correcto seguramente para redimirse de su pasado, le habían hecho ver que aquellas cosas no estaban bien. Cuando una persona basa su vida en robar para vivir, piensa que esto está bien, que es lo correcto. Cuando una persona viola por el hecho de sentirse más hombre, piensa que eso está bien. Cuando una persona mata porque no le queda más remedio o porque cree que es lo correcto, piensa que eso está bien. Y seguramente el tío que tenga sujeta a aquella mujer dispuesto a hacer con ella lo que le venga en gana, piensa que eso está bien.

Incluso Nick pensaba de joven que todo aquello estaba bien.

Pero las personas, al igual que los tiempos, cambian. Y Nick había cambiado. Y sabía que eso no estaba bien. ¿Bastaba con eso para ser una buena persona?

«No», le dijo su mente.

—No te muevas… —llegó del callejón.

Sabía que iba a hacer algo incluso antes de meterse en el callejón. Los gritos de la mujer se intensificaron a medida que se acercaba a la curva. Eran gemidos de dolor. En hombre insistió una vez más en que se callara y acto seguido se escuchó un bofetón o algo parecido.

*PLAS*.

Fue en ese instante cuando Nick giró y se encontró con su destino. Era un hombre, de estatura media y delgado como una farola. Vestía ropas bastante elegantes para lo que pretendía encontrarse. Llevaba el cinturón desabrochado y los pantalones ligeramente caídos hacia uno de los lados. Estaba completamente descamisado. Frente a él había una jovencilla de no mucho más de veinte años. Tenía la camiseta rasgada y a través de las costuras rotas se veía un sujetador negro que aún escondía ambos pechos (Nick se preguntó en ese mismo momento cuánto tiempo más habría aguantado el sujetador entero). Por encima de las botas de la chica, había una falda remangada hasta la cintura y unas braguitas del mismo color que el sujetador echadas hacia un lado y dejando todo al descubierto. La chica trataba de gritar, pero la mano del hombre le tapaba la boca. Durante los dos segundos que pasaron desde que Nick giró hasta que el hombre le vio, se preguntó qué coño debía de hacer en aquel momento. Sus piernas se bloquearon y su mente se detuvo como un motor que se queda sin gasolina. Miles de imágenes de su infancia pasaron por su cabeza como una película a cámara súper rápida. Entonces se arrepintió de haber girado y deseó volver a empezar para seguir su camino tarareando aquella canción de la tienda de cámaras fotográficas que tanto le había gustado. Fuera seguía el bullicio, pero parecía tan distante como un eco en la inmensidad.

—¡Eh! —gritó el hombre. Se había bajado un poco más lo pantalones y un gran bulto sobresalía de sus calzoncillos.

Nick se volvió hacia él ligeramente desconcertado; como si no supiera muy bien donde mierda estaba.

—¡Lárgate de aquí o te inflo a ostias!

El tío se volvió y continuó con su faena. Le arrancó el sujetador a la mujer y unos firmes pechos quedaron al descubierto. Entonces Nick, a pesar de aquello, reaccionó. Cuán fácil resultaba hacer lo correcto en el trabajo y lo difícil que parecía todo aquello.

—Déjala en paz.

El hombre se detuvo en seco y miró a Nick. Portaba una ligera sonrisa que se debatía entre el asombro y la diversión.

— ¿Cómo has dicho?

—Que la sueltes, que no me pienso marchar.

Entonces la mueca de su cara se transformó en algo lleno de rabia. El hombre mostró unos dientes amarillos que se veían a pesar de la oscuridad. Por un momento los gatos dejaron de maullar como si no quisieran perderse nada de aquella conversación que, a no ser que diera un giro muy brusco, acabaría en pelea.

El hombre, por primera vez, se separó de la mujer arrojándola contra una de las esquinas. La mujer voló en el aire y cayó de espaldas golpeándose ligeramente la cabeza. « ¡Ni se te ocurra moverte!», la había chillado justo antes de caer. Luego se colocó los pantalones y miró de nuevo a Nick.

—Creo que tu cerebro no es demasiado consciente de lo que está haciendo, ¿verdad? —volvió aquella sonrisa. El hombre se metió la mano en el bolsillo y sacó una navaja.

— ¿Sabes que podrías lastimarte con eso? —dijo Nick con tan frialdad que él mismo se estremeció.

Por un instante Nick creyó ver algo de inseguridad en aquellos ojos.

Entonces, como un perro rabioso, el hombre se abalanzó sobre Nick cuchillo en mano. Nick, que por un momento no se creyó nada de todo lo que ocurría, sólo tuvo tiempo para estirar los brazos y agarrar al hombre de las muñecas. Cayó de espaldas contra el suelo y el violador encima de él. Notó la presión de la mano en la que portaba el cuchillo hacia su cuello y trató de contrarrestarla con su fuerza empujando hacia arriba.

—Estás muerto —le dijo el hombre llenándole de babas. Nick tuvo sólo un segundo más para pensar en el aún erecto pene del hombre sobre su barriga cuando cerrando los ojos y haciendo acopio de su fuerza, propinó un sonoro cabezazo en la frente del tío bien vestido, el cual se tambaleó y aflojó la presión. Nick vio estrellas, la realidad se difuminó ligeramente y temió perder el conocimiento. Sintió un mareo tan grande que a punto estuvo de soltar el brazo; pero al parecer los milagros existían si eran para bien, y Nick recuperó la fuerza antes que el violador y zarandeó su brazo hasta que salió disparado el cuchillo contra la verja. Un gato maulló y salió disparado en dirección contraria. Nick entonces, como buen vigilante de seguridad que era (que había sido y que puede que ya jamás fuera), aprovechó la ventaja y arrojó al hombre hacia un lado. Entonces fue éste el que cayó de espaldas. Nícolas, sentado sobre él, soltó uno de sus brazos y, antes de que el hombre reaccionara (aún estaba aturdido por el cabezazo), descargó el puño contra su nariz, que se aplastó como un tomate contra una pared. Un chorro de sangre mano de las fosas y al instante todo se cubrió de rojo. El hombre lanzó un quejido inundado por la sangre que le entraba por la boca y trató de recuperar la situación. Lanzó el puño contra la cara de Nick, que se echó hacia atrás y lo esquivó sin mucho problema.

—¿Quién va a morir ahora, eh? —soltó. De repente sintió una descarga de adrenalina que le estremeció todos los huesos del cuerpo. Su cerebro soltó un chispazo y se dijo que las cosas aún no habían terminado. El hombre trató de volver a golpearle, pero antes de eso el puño del vigilante de seguridad estalló con ímpetu contra su mejilla derecha y ahí terminó todo. Parte de la mejilla se rompió como una tela desgastada al incrustarse entre el nudillo y el filo de una de las muelas que no saltaron disparadas. Todo se llenó de sangre en un momento. Nick sintió una punzada de dolor en la mano, pero aquello no le impidió que el tercer golpe fuera al mismo centro de la boca. La dentadura del violador, el cual había dejado de resistirse nada más golpearle Nick por segunda vez, se deshizo en una marea de dientes que se esparcieron por la acera y se empaparon de sangre y asfalto. El hombre dejó caer la mano y su fuerza se apagó al instante. Nick no supo si el mierda seguía respirando o no; tampoco le importaba demasiado. Su cara era un poema. Sus dientes y nariz habían desaparecido y tenía la cara completamente ensangrentada. Bajo la sangre los hematomas cobraban vida y latían por su cuenta. Nick lo miró sonriente, deseoso de continuar golpeándole.

—¿Y por qué no? —se dijo—. A fin de cuentas es un mierda.

Le agarró del cuello de la camisa y preparó el puño para asestarle el golpe de gracia. Pero en ese momento un grito de terror llegó desde el fondo del callejón.

—¡Basta! —Chilló entre sollozos—. ¡No ve que lo va a matar!

La mujer que el hombre había empujado se levantaba costosamente. Tenía la ropa tal y como se la había dejado «su violador» antes de que Nícolas hiciera acto de presencia. Aún se le veían los pechos y la falda estaba malamente levantada. Tras ella, la pared tenía una ligera marca de sangre.

—¿Qué lo voy a matar? —preguntó Nick indignado. Aún tenía el brazo levantado con la intención de golpearle—. ¿Y qué cree que hubiera hecho con usted después de violarla?

La mujer trató de decir algo, pero sus fuerzas se mermaron y en vez de decir nada se echó las manos a la cara y comenzó a llorar. Nick la miró, y no pudo evitar bajar la vista a sus pechos. ¡Dios, que bien puestos los tenía!

—Buen gusto —le dijo a lo que quedaba de aquel hombre en un susurro para que la mujer no lo escuchara. Se quedó mirándole fijamente un segundo, arrugó las cejas en señal de duda y acercó la oreja a su nariz (o mejor dicho lo que había sido su nariz), esperando escuchar algo. Creyó escucharlo, pero supuso que no sería por demasiado tiempo. Los restos de nariz y sangre le estaban taponando las vías respiratorias. Al final, el tío parecía dispuesto a morir.

—Que le den por el culo.

Se levantó y se acercó a la mujer, que apartó las manos de su cara y le miró con cierto miedo. Aquel hombre no estaba menos loco que el violador y le había dado una paliza prácticamente mortal. Y ahora los ojos de aquel otro maníaco se alternaban entre su cara y sus pechos. «Santo Dios ―pensó. Salgo de la sartén para entrar en las brasas…»

Se colocó el sujetador como pudo y se agachó a recoger su abrigo y bolso. Por suerte, aunque la camisa estaba rota, el abrigo estaba intacto. Podría abrochárselo e irse sin problemas hasta casa. Eso si el tío aquel la dejaba salir.

Nick la observó durante todo el procedimiento de revestirse sin apartar la vista un solo segundo. Cuando se recolocó la falda sintió un arrebato de volver a subírsela tan fuerte que hasta él mismo se estremeció. Algo cobraba vida…

—¿No vas a darme las gracias?

La mujer se detuvo y le miró. Casi le daba más miedo éste que el anterior.

—Sí… esto… … Muchas gracias señor…

—Archer —contestó sonriente—. Nícolas Archer, como el arquero.

—Pues muchas gracias señor Archer —dijo ya un poco más calmada—. ¿Cómo podría compensarlo?

Nick sonrió al momento, y la cicatriz de su mejilla desapareció tras una arruga. En aquel momento el otro hombre dejaba de respirar para siempre.

Fuera del callejón, la vida de la ciudad continuaba impasible.